



Arquidiócesis de Newark
OFICINA DEL ARZOBISPO

3 de junio de 2020

**Comunicado del Cardenal Joseph W. Tobin, C. Ss. R.,
Arzobispo de Newark**

La comunidad de la Arquidiócesis Católica Romana de Newark se une a las diócesis católicas de todos los Estados Unidos, así como a todas las personas de buena voluntad, para condenar el asesinato brutal y sin sentido de George Floyd en Minneápolis este 25 de mayo. Manifestamos nuestro profundo pesar a su familia y amigos, quienes sufren una aflicción devastadora para el alma debido a su terrible muerte.

Ofrecemos nuestras sentidas oraciones a las comunidades de Minneapolis y St. Paul, y expresamos nuestra solidaridad especial con nuestro amado hermano, el arzobispo Bernard Hebda, y la comunidad que sirve.

El asesinato de George Floyd, que representa solo el caso más reciente de un afroamericano que muere a manos de quienes tienen el compromiso de proteger a la sociedad, ha causado la ira justificada y protestas pacíficas por todos los Estados Unidos. La rabia, así como la explotación desvergonzada de esta tragedia, han desatado una violencia inexcusable en muchas ciudades de esta nación. Mientras presenciamos el ahogamiento de nuestro país, muchos de nosotros clamamos con angustia: **¿por qué?**

La manera en que respondamos esta pregunta es crucial porque, entonces, sabremos por qué vamos a orar y cómo debemos actuar. Nadie acude a Jesús con el pobre pretexto de querer sentirse mejor. Se acude a Él para nombrar el mal y pedir su ayuda. Debemos acudir al Señor del Universo porque la iniquidad que nombramos no se puede erradicar por nuestros propios medios y sin Su ayuda.

La necesidad de nombrar la maldad del racismo nos postra, puesto que tantos sucesos en nuestra vida —y aún más en la historia de nuestro país— nos apremian para que reconozcamos con vergüenza el pecado nacional que obliga a la población afroamericana a soportar de manera absurda e implacable las humillaciones, las indignidades y la falta de igualdad de oportunidades. Nuestra tolerancia ante el racismo, así como la sordera colectiva ante el clamor de quienes se ven agraviados de manera tan lamentable, junto con la promoción consciente e inconcebible de las divisiones en esta nación, han permitido que se propague la maldad abyecta del racismo.

Por supuesto, cuando se toleran las facciones al estilo tribal en los Estados Unidos, especialmente en el entorno político, se promueven tanto una ley de la selva como una ética inmoral de que “la fuerza hace el derecho”. La retórica violenta, el egoísmo e, incluso, el uso indebido de los símbolos religiosos conspiran para crear un ambiente cargado de malevolencia en el cual se permite que florezca desenfrenadamente el pecado del racismo. Nuestra sociedad no podrá progresar en sus esfuerzos por afrontar la maldad del racismo, sin tener la voluntad de vencer a los promotores de la polarización.

En la Arquidiócesis de Newark, debemos renovar nuestro compromiso de hacer realidad el sueño de la paz desarrollada en torno a la justicia y la igualdad racial para todos nuestros hermanos y hermanas, aquí en el norte de Nueva Jersey, así como a lo ancho y largo de los Estados Unidos. Puesto que esta es nuestra meta, acogemos con gratitud las palabras proféticas del reverendo Martin Luther King, hijo: «La oscuridad no puede expulsar la oscuridad; solo la luz puede hacerlo. El odio no puede expulsar el odio; solo el amor puede hacerlo».

Con gran pesar, pero también con profunda esperanza, acudimos a la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, e invocamos su protección y amparo durante estos tiempos turbulentos. Esa joven mujer cantó sobre *[Aquel que] ...de generación en generación es Su misericordia para los que le temen. Ha hecho proezas con Su brazo; ha esparcido a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Ha quitado a los poderosos de sus tronos; y ha exaltado a los humildes.* (Lucas 1:50-52). Que ella nos inspire con su valentía para hacer el trabajo de la justicia y eliminar —de una vez y para siempre— todo el odio, la intolerancia y la violencia de nuestros corazones, nuestros hogares y nuestras comunidades.

Cardenal Joseph W. Tobin, C. Ss. R.